

Guacamaya Love y el son de los mojados

CAYRE ALFARO FONSECA

Pontificia Universidad Católica del Perú

cayre.alfaro@pucp.edu.pe

Guacamaya Love y el son de los mojados (2025), continúa la estela que Álvaro Ique Ramírez va trazando libro tras libro: una escritura bastarda, sin género, ajena a toda convención. Su narrativa propone un espacio incómodo, en la que la lengua deja de ser un vehículo neutro para convertirse en territorio de disputa. No hay distancia entre el habla y la escritura: el libro parece narrado de un tirón, como quien busca fijar la memoria antes de que se desvanezca. *Guacamaya Love...* respira oralidad: entre acumulaciones y digresiones, Ique construye un ritmo híbrido atravesado por jerga, spanglish, neologismos, fragmentación y listados interminables.

La geografía del libro es la de los cuerpos desplazados. El mapa que configuran los relatos es un mosaico roto: Iquitos, Fort Myers, Lima, Boston, Cuneccia Tropical. En “Mi viejo y Poe”, el narrador sostiene: “Así fue como el abuelo de mi viejo dejó de ser un habitante territorial con espacio fijo para convertirse en un ser con el eje roto, precario y sin lugar. Se desparejó de los suyos, pero no pudo desendemoniarse. Y se lanzó a los caminos dispersos del mundo haciendo de un destino desarraigado: huyendo, siempre” (p. 69). Este fragmento condensa la escritura del desarraigo que atraviesa *Guacamaya Love...* El “eje roto” no es solo físico: la pertenencia territorial —esa ficción moderna de estabilidad— se fractura de manera irreversible. El “huyendo, siempre” se hereda como condición estructural.

No solo el territorio es inestable: la propia escritura se desplaza. Hay una disputa interna entre texto y texto. El libro se rehúsa a la unidad, cada relato mezcla registros, prueba formas como el diario, la carta, el apunte. Ni siquiera la lengua es un lugar seguro. El desarraigo en Ique es más que espacial. También es narrativo, identitario, afectivo. Lo sintetiza una frase: “En todos lados la vida era una broma amarga o una tragedia sin remedio” (p. 69). Frente a la inestabilidad del mundo narrado —precariedad laboral, migración forzada, violencia



Guacamayo Love y el son de los mojados

Álvaro Ique Ramírez
Mesa Redonda
Lima, 2025, 221 pp.

estructural—, la vida oscila entre la desgracia y lo absurdo.

Así como el humor y la tragedia, el goce y la violencia se entrecruzan de forma constante, y generan un territorio en el que el placer y el peligro conviven. La descripción de Guacamaya Love, personaje que da título al libro, lo revela: “Guacamaya Love era la puta más mala con sangre en las encías y las garras afiladas que si le daba la gana te despedazaba el corazón o te echaba las diez plagas de Egipto, y aun así la tentación te jalaba” (p. 78). Las cantinas y burdeles funcionan aquí como espacios comunitarios precarios, donde la intimidad se negocia entre el deseo, el riesgo y la necesidad. El erotismo, lejos de ser emancipador, es un campo de tensiones donde convive pulsión y amenaza.

La banda sonora de *Guacamaya Love...* es tan variada como el registro del propio libro: rock, salsa, cumbia, bolero, incluso una carta de amor a Julieta Venegas. La música organiza la temporalidad de los relatos: lugares, cuerpos y vínculos

se recuerdan mediante canciones. Este ritmo musical se combina con un humor ácido, que no suaviza la crudeza de lo narrado, sino que la intensifica.

Otro aspecto que llama la atención es su constelación de referentes. El libro opera como un collage donde conviven alta cultura y cultura popular sin jerarquías. *Guacamaya Love...* explora tanto el universo de los sicarios como la tradición de la poesía peruana. Esta superposición de registros construye una cartografía cultural singular, donde lo culto y lo popular se encuentran en el mismo plano afectivo. Desde el punto de vista situado en los márgenes, la narrativa de Ique desestabiliza lo legitimado y reivindica lo que Deleuze y Guattari denominan literatura menor: una escritura que descompone la lengua dominante, fractura los cánones y abre nuevas posibilidades de comunidad y sentido.

En “El diario de una chiquilla amasada, respondona y desvergonzada”, el texto más extenso tras el que le da título al libro, la escritura ensaya ideas como constante prueba y error: reflexiona con tono historiográfico desde los presidentes del Perú hasta los futbolistas nacionales. El siguiente apunte resulta iluminador: “Y no hay manera que me convenzan de portarme debidamente (no entiendo qué quiere decir debidamente)” (p. 196). Esa es la propuesta de Ique Ramírez, “ser el mejor guitarrista underground ajeno al mainstream” (p. 180). Desde esa posición, escribe textos sensuales, fragmentarios, fronterizos: una constelación marginal que rehúye las formas estabilizadas de la narrativa latinoamericana contemporánea.

Leer *Guacamaya Love...* es entrar en el exceso. La escritura del libro deviene cuerpo: un cuerpo que no se organiza por jerarquías racionales, sino por heridas y zonas de afecto. El lenguaje no es aquí un vehículo para contar una historia; es un campo de batalla donde la sintaxis se quiebra, el ritmo se impone y la oralidad devora la página. En tiempos de literatura domesticada, esta propuesta sabotea la ilusión del relato pacificado y nos recuerda que escribir es asumir riesgos.